

DIÁLOGOS PREMATRIMONIALES



CENTRO
DE PREPARACIÓN
AL MATRIMONIO



Tel.: 93 417 27 94
www.prematrimonialcpm.org



CENTRO DE PREPARACIÓN AL MATRIMONIO

ÍNDICE

	pág.
Presentación	1
La Pareja	2/7
El Amor	8/13
La Sexualidad	14/19
Los Hijos	20/25
La Fe Cristiana	26/31
El Sacramento	32/37
La Proyección Social	38/43

PRESENTACIÓN

Pareja, matrimonio y familia son experiencias muy profundas de la vida humana; hoy están especialmente convulsionadas pero se recuperan siempre como sólidas, adaptables, vivas. El matrimonio y la familia tienen un importante desafío: aprender a ser vividos según las coordenadas de nuestra cultura, que valora tanto la libertad y la realización personal.

Este es el objetivo que intenta el CPM. En los diálogos con los novios a la vez ayuda y aprende a discernir, a la luz del Evangelio, los valores básicos de la vida conyugal y familiar, de cara a una vida de casados positiva y llena de frutos.

Este opúsculo se hace eco de las ideas principales que se comentan en los encuentros del CPM con los novios. Sin tener la viveza de la comunicación directa, puede ser ocasión, para los que han seguido los diálogos, de recordar lo que en ellos se ha reflexionado, y para todos, de recordar algunos puntos fundamentales de la visión cristiana de la pareja y la familia.





LA PAREJA: COMUNICACIÓN, CONVIVENCIA, DIÁLOGO



LA PERSONA HUMANA, GRANDEZA Y MISTERIO.

Sois una pareja, hombre y mujer. Cada uno de vosotros es una persona; *esto comporta una gran dignidad, y al mismo tiempo, una manera de ser compleja.* Nuestra experiencia espontánea es que somos personas normales y que tenemos una relación normal con los demás. Pero la vida nos enseña que no todo es tan simple.

Cada persona es hija de muchas influencias: en primer lugar, la propia biología y la manera psicológica de ser, también la influencia familiar, la educación, el ambiente, la historia; y todo dentro de una cultura, que nos ofrece lenguaje, estructura mental, costumbres, valores morales. Este conjunto nos hace a todos singulares, únicos; y también, limitados, complejos, ambiguos, contradictorios. Todos, más o menos, somos susceptibles, posesivos, egocéntricos.

Nos es difícil conocernos y aceptarnos. Nos engañamos fácilmente y estamos convencidos de que "yo soy normal

y los demás no lo son". Nos resistimos a reconocer como somos y reaccionamos mal contra los que nos descubren aspectos poco agradables de nosotros mismos. Además ***nos cuesta abrirnos y darnos a conocer***. Instintivamente presentamos imágenes corregidas o mejoradas. Una cosa es lo que mostramos y otra lo que somos. Uno de los aspectos importantes de la madurez humana es conocerse, aceptarse y mostrarse con sinceridad.

También ***nos resulta difícil conocer y aceptar a los demás***. Tienen mucho de positivo, pero también son limitados, complejos, susceptibles, egocéntricos. A veces nos construimos una imagen del otro idealizada y luego vienen las decepciones. Otras veces nos hacemos de él una imagen demasiado desfavorable y somos injustos. Nos cuesta aceptar sus manifestaciones si no corresponden a la idea que nos habíamos hecho del otro

HACER PAREJA, UN RETO DELICADO

La pareja no es, simplemente, la suma de dos personas; es la compleja relación de tres elementos: el hombre, la mujer y la pareja en sí misma. Además, estos elementos no están nunca del todo identificados ya que están en evolución constante.

Cada miembro de la pareja es diferente, por ser dos personas distintas y por ser hombre y mujer. Ambos siguen libres y en evolución. Estas dos personas, tan diferentes, se unen

como iguales, con la misma dignidad, responsabilidad y tendencia a la realización y plenitud de la vida. ***La pareja está llamada a ser un ámbito de realización y felicidad de las dos personas.***

LA ILUSIÓN Y LAS DIFICULTADES DE LA CONVIVENCIA

La comunión de dos personas distintas y complejas es positiva y está llamada a ser enriquecedora para las dos. Pero ***la convivencia no es fácil***. No siempre comprendemos las actitudes y las reacciones del otro. A menudo pensamos y actuamos sin tener en cuenta su opinión. No siempre tenemos satisfechas nuestras necesidades; no siempre recibimos la respuesta que esperábamos; no siempre nos identificamos con transparencia.

Las pequeñas frustraciones que se van repitiendo pueden llegar a ser insoportables. En la pareja hay a menudo un foco de tensión, una especie de lucha sorda. Inconscientemente quisiéramos cambiar al otro, dominarlo. ***Formar pareja significa desprenderse de muchas cosas***: familia, costumbres, aficiones, amigos, sitios y ambientes. De solteros a casados cambiamos, somos más espontáneos, no disimulamos, nos volvemos más exigentes y posesivos. Cada miembro de la pareja va cambiando, evoluciona, van apareciendo nuevos centros de interés, tanto del uno como del otro. Todo esto son aspectos que hay que integrar para que la pareja sea realmente el ámbito de plenitud de cada miembro.

Este proyecto sublime y enriquecedor también tiene peligros: puede aparecer la rutina, el aburrimiento, la pérdida de ilusiones, el alejamiento, la dedicación a intereses exteriores que minan la cohesión de la pareja.

EL CLIMA DE LA PAREJA: EL DIÁLOGO.

La comunicación y el diálogo son imprescindibles. *Es necesario aprender a dialogar.* Dialogar quiere decir saber hablar, darse a conocer sin esconder nada, sin engañar, sin dominar, sin querer cambiar al otro. Quiere decir también saber escuchar, acoger al otro, comprenderlo, valorarlo, compartir sus opiniones y su manera de entender la vida. Saber dialogar significa asumir las diferencias, revisar las propias posiciones, dar confianza, exponer con sencillez los propios puntos de vista, ofrecer al otro el gozo de comunicarse. Dialogar, también a veces, significa saber callar.

El diálogo tiene que ser abierto, oportuno, respetuoso, amoroso, confiado, no agresivo, paciente, acogedor. Hay que promoverlo a todos los niveles: amistoso, afectuoso, erótico, genital; en todos los ámbitos: con palabras, con gestos, con silencios, con actitudes; y ha de poder comunicarlo todo: sentimientos, frustraciones, ilusiones, quejas y esperanzas.

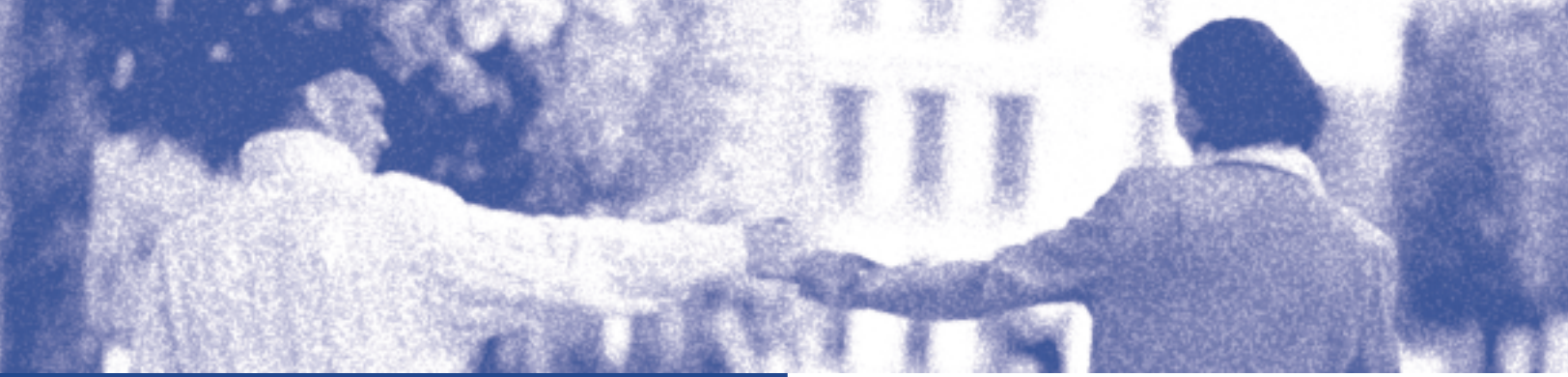
Si solamente dialogamos para resolver problemas, puede ser peligroso y contraproducente. Es preciso saber dialogar

sobre cosas más o menos intrascendentes, lo cual facilita el clima de comunicación y confianza. No siempre podemos dialogar en condiciones óptimas, es difícil encontrar el tiempo, nos da pereza, es más fácil evadirse y, a menudo, uno mismo no acaba de saber lo que siente y lo que quiere. Aprender a dialogar es uno de los secretos, tal vez el más decisivo, de la pareja.

¿Y LOS CONFLICTOS ?

Los conflictos son inevitables. La relación humana siempre es difícil y la relación tan íntima y decisiva de dos personas, genera conflictos. No son automáticamente malos o buenos. *También están llamados a construir la pareja* y si sabemos asumirlos pueden ser buenos. Hay que aprender a través de los conflictos a conocer al otro, a conocernos a nosotros mismos, a conocer y aceptar nuestro estilo concreto de pareja.

Conviene poner los conflictos encima de la mesa para consensuarlos y salir más fortalecidos. Para esto son necesarios oportunidad, sencillez, confianza, voluntad de mejorar y, sobre todo, una opción clara por nuestra pareja concreta, es decir, amor, fe, confianza. Desde el primer momento, formar pareja nos acerca al Espíritu del Evangelio.



EL AMOR, ILUSIÓN Y TAREA DE LA PAREJA



EL AMOR EN EL CENTRO DE LA VIDA HUMANA

Entre todas las experiencias humanas, el amor es la más importante. Jesús nos ha revelado que amar es la máxima plenitud del hombre y que, a la vez, es vivir en el Espíritu de Dios, que es Amor. Amar quiere decir *acoger incondicionalmente a los demás*, aceptarlos tal como son y, al mismo tiempo, *trabajar por su bien*, ponerse gratuitamente al servicio de su promoción humana auténtica.

Amor no es lo mismo que emotividad. El amor es una manera de ser, es abrirse al otro en busca de su bien. Puede haber simpatía o afecto hacia el otro y sin embargo no existir amor verdadero. Sin duda, la emotividad y la simpatía pueden ser estímulos importantes, pero el amor es una actitud, un modo de ser, es abrirse generosamente al otro.

Amar no es fácil porque somos egocéntricos y tendemos a buscar nuestra felicidad. Sólo Dios es capaz de amar enteramente. Los hombres tenemos que acercarnos a este amor, con la fuerza de su Espíritu; entonces seremos realmente felices.

EL AMOR MUTUO : RAZÓN DE SER Y ÁMBITO DE LA PAREJA

Vuestra pareja tiene una razón de ser que es lo que le da sentido: el amor que os profesáis. *El amor es el punto de partida y, al mismo tiempo, la meta.* Os casáis porque os queréis, pero también es verdad que os casáis para amaros cada día más. Sabéis por experiencia qué quiere decir amar y, al mismo tiempo, tenéis la misión de aprender a amaros.

Amar es comprender al otro, compartir sus preocupaciones y sus proyectos, buscar su bien y su felicidad, alegrarse con él, sufrir con él, crecer con él, entregarse del todo a él. Amar es salir de uno mismo y poner al otro en el centro de la propia vida. El amor lleva a la unión, a la comunión, a dejarlo todo para ser con el otro "una sola cosa". (Mc 10, 7-8).

El amor de pareja suele empezar por el *enamoramiento*, que es una atracción gozosa, no racional, con mucho entusiasmo, difícil de definir. El enamoramiento está llamado a ser el inicio de un proceso que paulatinamente dé paso a la maduración del amor, a la entrega mutua. Este camino es de toda la vida. Cada pareja, en cada edad y en cada momento, tiene que encontrar su manera de amarse y de crecer en el amor. En cada fase es muy importante el diálogo. El esfuerzo por vivir cada día el amor de manera adecuada es la única garantía para continuar el día siguiente, los años venideros.

La relación de los novios llega a la boda. Es la manifestación pública, la confirmación social del compromiso. En su raíz, es una expresión de la madurez del amor mutuo y a la vez contribuye a que este amor sea más sólido, creativo y constante.

EL AMOR CONYUGAL, MILAGRO Y MISTERIO.

El amor de los casados está llamado a llenar toda su vida matrimonial y familiar. Es una realidad rica, compleja; es una sorpresa admirable, un milagro constante.

El amor conyugal es recíproco. No es exacto que el amor en la pareja no espere nada a cambio. Los casados quieren al otro contando con su amor. El amor conyugal es acogida y entrega a una persona que a la vez te acoge y se entrega a tí. Ama del todo al otro y, al mismo tiempo, cuenta con su amor. Esto lleva a que también sea mutua *la responsabilidad para el bien del otro*. El amor de pareja es especialmente delicado, incluso débil, pero también sólido, inmenso.

Es el amor de la vida diaria; esto quiere decir amor sin pantallas, sin trincheras, en todos los momentos de la vida; en momentos de entusiasmo, en la vida normal o en momentos de cansancio. No es un amor idílico, pero está lleno de la poesía de lo cotidiano. Se expresa con el contacto cálido de los cuerpos y se enriquece con la intimidad sexual.

El amor conyugal auténtico conlleva esencialmente **la fidelidad y la continuidad**. No tiene sentido vivir el amor como provisional. El amor no puede asegurar que no habrá problemas, pero sí que está dispuesto a hacerles frente con generosidad a medida que se vayan presentando.

El amor de pareja está **íntimamente abierto a los hijos**. La posibilidad de tener hijos y después su presencia, marcan profundamente el estilo del amor conyugal. Los hijos suponen a la vez una gran ilusión y una gran responsabilidad compartidas.

La confianza aumenta con el amor y el amor aumenta con la confianza. La sinceridad en la pareja es importante incluso en los temas más conflictivos. El amor sólo se entiende en un ámbito de **libertad** individual, respetada y compartida. Es cada persona quien ha de decidir su compromiso de amor, en un clima de entrega mutua.

El amor de pareja, abierto a los hijos, **tiene que abrirse también a los demás y a la sociedad**. De esta manera la pareja no se encierra en si misma y crea un clima familiar de madurez y de generosidad.

VISIÓN CRISTIANA DEL AMOR.

Jesús habla del amor en general pero sus palabras iluminan la experiencia concreta del amor en la pareja. La parábola del último juicio (*Mt 25, 31-46*) expresa muy bien el mensaje cristiano sobre el amor. Este mensaje es doble.

Por un lado nos enseña qué quiere decir amar. Jesús lo dice con imágenes sencillas: “dar de comer a quien tiene hambre, dar de beber a quien tiene sed”; amar quiere decir acoger y servir al otro, darle todo lo que necesita con generosidad. San Pablo lo describe: “el que ama es paciente, es bondadoso, no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso, no es grosero ni egoísta, no se irrita, no es vengativo, no se alegra de la mentira sino que encuentra el gozo en la verdad ; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta ” (*1 Cor 13, 4-7*).

Por otro lado, el Evangelio nos da una segunda enseñanza: “todo lo que hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. **Nos revela una realidad, profunda, maravillosa, un misterio**. Los hombres cuando amamos a los demás estamos amando realmente a Dios, estamos viviendo en la fuerza de su Espíritu, estamos construyendo su Reino. Amar es descubrir a Jesucristo en los demás y vivir en Él como plenitud del amor. Tal vez muchos no lo saben formular y la mayoría ni tan sólo lo conocen. Pero la experiencia vivida del amor sencillo a los demás y la limpieza de corazón manifiestan una comunión íntima con Jesucristo que amó hasta entregarse del todo. Es la obra del Espíritu de Dios que lleva a los hombres a la paz y al amor.

El mensaje evangélico sobre el amor nos da a conocer la íntima grandeza del amor conyugal que también está llamado a una entera generosidad y participa del Espíritu de Amor que Jesucristo nos da con su muerte y su resurrección.



LA SEXUALIDAD HUMANA, GESTO DE AMOR



SOMOS PERSONAS SEXUADAS

La sexualidad marca toda nuestra manera de ser y de actuar. Hay dos maneras de ser persona: masculina y femenina; esto da un estilo a nuestra vida, en la realización personal y en la relación con los demás y con la realidad. No hay nada en nosotros que esté al margen de este hecho; no solamente el cuerpo o la voz, sino también el sentimiento, la reflexión, la voluntad y el amor, están marcados por la manera de ser, masculina o femenina, del sujeto. En el lenguaje coloquial, a menudo, sexualidad significa genitalidad, pero esto es una reducción inadecuada; la sexualidad marca por completo nuestra vida; somos personas sexuadas.

NUEVO AMBIENTE Y NUEVOS RETOS

La sexualidad es uno de los ámbitos más convulsionados de nuestro mundo. Proliferan toda clase de costumbres, de experiencias, de teorías, en un clima *de libertad y de permisividad* que era impensable años atrás. Tal vez lo más importante es que estamos viviendo este nuevo clima como la liberación del ambiente más tradicional, considerado ahora como cerrado y represivo.

Es interesante subrayar algunos aspectos del cambio que estamos viviendo. La sexualidad ya no se ve como algo exclusivamente destinado a la procreación sino que, sobre todo, se entiende como integrada en el ámbito de la relación interpersonal y del amor. Se valora el placer sexual; incluso, a veces, se identifica la plenitud de la realización personal y de la relación amorosa, con la plenitud del placer. La sexualidad se vive como un hecho privado, de manera que se rechaza como una intromisión cualquier ingerencia externa, social o ética.

En el fondo, el cambio más radical consiste en que hoy entendemos la sexualidad no como algo sospechoso o malo, sino como una realidad que forma parte de la vida humana y, por tanto, buena. Este cambio ha sido positivo, pero no es fácil saberlo vivir; nos plantea un serio desafío: ¿cuál es la manera auténticamente humana y cristiana de vivir la sexualidad en general y la sexualidad en la pareja ?

LA SEXUALIDAD HUMANA ES RICA Y COMPLEJA

La sexualidad, precisamente porque forma parte de la persona, tiene distintas significaciones y es difícil entenderla y vivirla adecuadamente. **En ella podemos distinguir tres niveles:** el genital, centrado en los órganos sexuales con las leyes propias de la fisiología; el afectivo, con todo lo que comporta de relación, atracción erótica, deseo, pasión; y el personal, centrado en el yo, capaz de reflexionar, decidir, amar.

La primera y más importante misión en el ámbito de la sexualidad es saber **integrar estas tres dimensiones**. De hecho cada nivel tiene sus leyes y fácilmente no están coordinadas. Hay que integrar todas las fuerzas sexuales alrededor de un eje que les dé sentido y plenitud humana. Este eje es el amor esponsal a otra persona, amor que se da y se recibe. Esta integración es lenta, requiere esfuerzo y puede experimentar fracasos; sin embargo es una tarea que ennoblece y contribuye a la madurez de la persona y a su plenitud humana.

LAS SIGNIFICACIONES DE LA VIDA SEXUAL HUMANA.

La sexualidad integrada en el conjunto de la persona es rica de significados.

+ **La sexualidad es el lenguaje del amor.** El contacto físico de los cuerpos está llamado a expresar y alimentar el amor interpersonal. Dentro del conjunto del amor conyugal, la relación genital es la máxima expresión de intimidad, de amor pleno, confiado, definitivo y, a la vez, está llamada a hacer crecer este amor mutuo.

+ El amor conyugal humano es **procreador de nuevas vidas**. El amor de pareja no se limita a una entrega mutua; es una entrega abierta a la procreación. La misma relación sexual expresa el amor de los casados y los abre a dar vida a los hijos. La pareja está llamada a una procreación responsable. Su amor mutuo y el bien de los hijos tienen que llevarles a una decisión consciente, responsable, generosa, respecto al número de hijos y al momento de tenerlos.

+ **La relación amorosa conyugal tiene una dimensión social.** En ella están implicados los dos esposos y los hijos, que constituyen la primera célula de la sociedad humana. El amor de la pareja abierto a los hijos también se tiene que abrir a toda la sociedad. La comprensión demasiado privatizada de la pareja y de la familia es una especie de refugio que no responde a la realidad.

+ **La relación sexual es a la vez importante y relativa.** En el matrimonio todo tiene su raíz en el amor mutuo, confiado, procreador. La relación sexual recibe del amor mutuo el sentido y la grandeza. El amor pleno, entre hombre y mujer, llena de sentido humano su contacto físico y siempre busca la expresión sexual adecuada.

LA VIDA SEXUAL, UN PROCESO DE CRECIMIENTO

El proceso consiste en ***llegar a la madurez de la persona e integrar en ella todas las fuerzas sexuales.***

Hay que saber vivir la importancia de la aproximación viva de los cuerpos en la ***etapa del noviazgo.*** El contacto físico tiene que ayudar al camino del conocimiento, de la atracción, de la aceptación mutua, del amor. Pero puede dificultar este camino con el deslumbramiento de la atracción física, si ésta hace olvidar la tarea lenta del conocimiento y la compenetración de dos vidas distintas. En el ambiente actual, tan erotizado, los novios tienen que aprender a recuperar el sentido de su relación física dentro del ámbito de la confianza y del amor mutuo.

La sexualidad ***ocupa un lugar importante en la vida del matrimonio.*** Un quehacer prioritario de los casados es la construcción de su relación sexual y la búsqueda del lugar que le corresponde en el conjunto de la vida de pareja.

Es necesario un diálogo sincero, respetuoso, interesado por el proceso y las expectativas del otro, atento; sobre todo, porque en el ámbito de la sensibilidad y de la sexualidad es donde pueden aparecer con más fuerza las diferencias entre los dos miembros de la pareja. Hay que huir de las obsesiones sexuales, las cuales dificultan abrirse al otro y tienden a supeditarlo al propio placer.

LA VIVENCIA CRISTIANA DE LA SEXUALIDAD

Se suele atribuir a la Iglesia una comprensión negativa de la sexualidad, como si la fe cristiana la considerara algo malo o sospechoso. Esto es falso y si en algún momento ha sido así, es necesario superarlo. La sexualidad forma parte de la experiencia humana de un amor conyugal pleno, abierto a la procreación, esforzado, gozoso. ***Esta es la obra de Dios.***

La sexualidad marca el amor de pareja en su globalidad; aunque un falso espiritualismo haya dicho lo contrario, no hay ningún nivel superior de amor conyugal que tenga que prescindir de las manifestaciones sexuales.

Los casados que se aman, que se dan y se reciben en todos los ámbitos de la vida, también en el ámbito sexual, viven el amor evangélico, siguen a Jesucristo que nos ha amado hasta darse del todo y participan de la nueva vida en el Espíritu de Dios, que es Amor.



LOS HIJOS, FRUTO DEL AMOR



LA MISIÓN PROCREADORA DE LA PAREJA

El amor de la pareja y su entrega mutua están llamados a abrirse en la donación de la vida a los hijos. Ellos son *el fruto mejor del matrimonio*, la manifestación de la grandeza del amor conyugal. El amor lleva siempre a salir de uno mismo y darse al otro, y también lleva a ir más lejos del círculo de la pareja y dar vida a los hijos.

Cada nueva vida humana es una sorpresa, un misterio. El hijo no es solamente el niño recién nacido que despierta nuestra ternura; es el adolescente, el joven, el hombre maduro que llegará a ser; es una nueva persona que será libre, afrontará la vida y estará llamado a ser una persona plena, un hijo de Dios.

LA GRANDEZA DE LA PATERNIDAD

La sensibilidad actual lleva, a veces, a mirar con reticencia la ilusión por los hijos y a calificarla de ingenua o, tal vez, incluso de inhumana. Es necesario promover el respeto y la admiración por *el valor sagrado de cada nueva vida*. La misión procreadora del matrimonio esconde una doble grandeza; tener

hijos es, por un lado, un acto de amor al servicio de la vida de nuevas personas humanas y, por otro, lleva a los padres a su realización plena.

Hoy ha cambiado la mentalidad tradicional respecto a la importancia de los hijos en el matrimonio. Éste no se entiende en función de los hijos, sino que la pareja se valora por ella misma. Esto esconde el peligro de que la pareja se cierre. Hay que aprender a abrir la experiencia de amor de los casados y que en él se asuma a los hijos, personas autónomas y realidad sagrada, que *piden amor y dedicación por sí mismos*.

¿QUE QUIERE DECIR SER PADRES?

Ser padres es dar vida. Es dar vida biológica, ofreciendo la posibilidad de la constitución de un nuevo ser y ayudándole en su proceso biológico. Es dar vida psicológica, acompañando el proceso psíquico de los hijos hasta llegar al máximo de sus posibilidades. Es dar vida espiritual, ayudando a la conversión de su egoísmo en amor y fe personales para que construyan su vida autónoma y responsable. En esta labor los padres son cooperadores con el Dios de la Vida y del Amor.

La paternidad y la maternidad, *exigen actitudes básicas*: generosidad, desprendimiento, dedicación, aceptación incondicional, responsabilidad; también piden formación necesaria para el crecimiento y la educación de los hijos. Estas virtudes no son fáciles y es necesario un esfuerzo para ser padres. Este esfuerzo, además de ayudar al crecimiento personal de los hijos, es una escuela de maduración y de vida cristiana para los padres.

LA RESPONSABILIDAD RESPECTO AL NÚMERO DE HIJOS.

En general, hoy las parejas hablan de retrasar la venida del primer hijo. Esto responde a criterios de madurez y de consolidación de la pareja, pero también puede responder a otros criterios menos generosos. Es una buena ocasión para reflexionar sobre la validez de estas razones a la luz del Evangelio y para integrar el amor y la dedicación a los hijos, en la vida de la pareja, ya válida por sí misma.

El primer hijo hace replantear el lugar y la actitud tanto del padre como de la madre y, en general, todo el ambiente conyugal y familiar. El segundo hijo, el tercero o el cuarto.... plantean a la pareja otros problemas, algunos de los cuales son nuevos (economía, tiempo de los padres...); algunos ya estaban implicados en el nacimiento del primer hijo pero se olvidaban (futuro incierto, capacidad educativa de los padres...).

Los padres están llamados a una *procreación responsable*. Solamente ellos son los que pueden decidir sobre el número de hijos y su espaciamiento. Esto significa una actitud generosa y prudente, que valora el bien del nuevo hijo y también el del otro cónyuge, de los hijos ya nacidos, de la Iglesia, del mundo, y que tiene en cuenta las posibilidades y la misión de la propia familia; significa también una gran libertad interior de egoísmos personales y de pareja, de la mentalidad ambiental, de prejuicios y costumbres que alejan de la concepción cristiana de la vida. Es necesario mucha finura de espíritu para decidir el segundo hijo, el tercero, el cuarto sin dejarse llevar por el cansancio o por razones precipitadas.

LOS PADRES ANTE SITUACIONES ESPECIALMENTE DOLOROSAS

Hay situaciones no previstas que pueden provocar mucho sufrimiento: la esterilidad, el hijo no deseado, el hijo disminuido física o psíquicamente. Estas situaciones necesitan un **diálogo profundo de la pareja para animarse** a la generosidad, al buen sentido humano y cristiano, a la actitud de servicio.

El aborto está aceptado socialmente y jurídicamente, aunque sea de forma limitada. Este ambiente exige un **esfuerzo de madurez humana y cristiana** para valorar el carácter sagrado de toda vida humana ya iniciada, a pesar de los serios problemas que esto pueda plantear. En los momentos difíciles, ponerse al servicio de un nuevo ser da vida al hijo y auténtica humanidad a los padres.

LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS.

La educación de los hijos es un arte que hay que ir creando de nuevo con cada hijo y en cada momento. Tiene que apoyarse en dos pilares: la acogida incondicional de cada hijo tal como es y el trabajo para su promoción. No hay dos hijos iguales. Su educación tiene que ser una delicada combinación del respeto a su evolución específica, y la corrección necesaria para que su crecimiento sea según los valores humanos y cristianos.

Esta labor pide a los padres una preparación mínima y, sobre todo, una generosidad y un desprendimiento evangélicos.

La regulación de la procreación **puede plantear conflictos**. El conflicto es éste: por un lado, la necesidad de evitar un nuevo hijo, y por el otro, la necesidad de la intimidad conyugal por el bien de los esposos y del clima familiar. El Concilio dice: "Cuando se rompe la intimidad conyugal no es extraño que se tambalee la fidelidad y que se hunda el bien de los hijos, ya que en estos casos está en grave peligro la educación de los mismos y la fortaleza de espíritu necesaria para aceptar otros hijos que pudieran llegar." (GS 51)

El Magisterio de la Iglesia acepta solamente los métodos llamados "naturales" y rechaza como inmorales los métodos que comportan una intervención artificial en la relación sexual. Esta doctrina crea perplejidad a muchos matrimonios cristianos. Algunas Conferencias Episcopales se hicieron eco de esta perplejidad con motivo de la publicación de la Encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI, las cuales recuerdan dos principios éticos tradicionales. Uno es el del conflicto de deberes: en este caso hay que valorar cual es el deber superior por el cual haya que sacrificar los demás.

El segundo es el de la comprensión personal del deber moral; después de una información suficiente y de la reflexión personal, el cristiano tiene que actuar en conciencia, según aquello que él ve como bueno. (GS 50). El Papa Juan Pablo II llama a un proceso constante según las etapas de crecimiento. Los esposos están llamados a un incesante camino sostenidos por el deseo de conocer los valores morales y por la voluntad de vivirlos (FC 34).



LA FE CRISTIANA



NOS CUESTA CREER EN DIOS

Hoy no resulta nada fácil creer en Dios. Ante el mal que padecen los inocentes, el hambre de los niños del tercer mundo, las guerras, el terrorismo...nos cuesta creer en un Dios bueno y justo. Por otro lado, podemos conocer directamente muchas religiones; todas tienen sus verdades, algunas muy parecidas a las cristianas, y pensamos que si hubiésemos nacido en otro lugar del mundo, seguiríamos otra religión. También conocemos a mucha gente que por distintos motivos han dejado de creer en Dios o no han creído nunca en Él, y son buenas personas.

Nos preguntamos: ¿por qué creer? ¿qué utilidad tiene creer en Dios si puedo ser igualmente generoso, si puedo amar igualmente a los demás? A veces pensamos que “algo habrá”, que alguien ha creado la naturaleza, que cuando nos sentimos mal podemos acudir a alguien que nos puede dar consuelo, pero no sabemos muy bien quien es, ni si nos conoce, y nos preguntamos por qué no escucha a los que padecen tanto.

VOLVAMOS UNA Y OTRA VEZ A JESÚS

Este clima de hoy lleva a muchos a alejarse de la fe o a buscar soluciones por otros caminos: espiritualidades orientales, grupos sectarios, o simplemente se dedican a buscar el confort...Hay sin embargo, una solución mejor que hoy se nos propone a todos: retornar a la persona y al mensaje de Jesús. También Él se encontró con un mundo difícil, también Él sufrió y murió. ¿Cual es, realmente, su mensaje? ***El centro de la revelación de Jesús es que Dios nos ama***, que es Padre y Madre, Amor, fuente de Vida y de Luz. Hay que cambiar la imagen de Dios; no castiga al hombre o le olvida, sino que le comprende, lo perdona y lo salva. Jesús nos revela que Dios se nos da, que nos llama a vivir en el Amor, la Paz, el Perdón. El mismo Jesús vivió plenamente en Dios como Hijo, pero esto no le ahorró ningún problema, sino que le llevó a vivir con amor generoso, hasta dar su vida, perdonando a todos, en la cruz. Así resucitó, lleno de vida en el Dios de la Vida y del Amor.

¿QUÉ QUIERE DECIR, POR TANTO, CREER?

Creer no quiere decir pensar que Dios lo solucionará todo, ni tampoco es un acto intelectual; es una manera de vivir. ***Creer en Dios es una manera de ser y de vivir*** que se arraiga en el amor y lleva a abrirse, a dialogar, a perdonar, que asume las contrariedades de la vida y las sabe vivir, incluso las injusticias de los hombres, lo cual siempre lleva alegría y esperanza. Así es como vivió Jesús

Hoy mucha gente cree verdaderamente en la justicia, en la solidaridad, en la paz, en la libertad o en otros valores; practica la tolerancia, el diálogo, el amor a su pareja, a los hijos, a los compañeros de trabajo, a los vecinos, pero tienen dificultad en creer en Dios o en una vida trascendente. Esto implica que se sientan lejos de la fe. Pero Jesús dice que una persona no se define por sus ideas o sus dudas, sino por su manera de vivir (Mt 21, 28-32). Para todos, tanto los que afirman a Dios como los que lo niegan, lo importante es vivir amando, buscando la paz, el perdón y la justicia, transmitiendo vida y alegría a su alrededor.

Creemos en un Dios que es Padre y nos ama, y esto quiere decir confiar en Él. Es encontrarlo en la vida de cada día, en las personas. Es descubrirlo vivo y presente porque está allá donde hay amor y entrega, es vivir con desprendimiento el sufrimiento y la muerte. Tal vez la mente no acaba de comprenderlo todo, pero una persona es ella misma en toda su manera de vivir; aquí es donde el hombre está delante de Dios y cree en Él.

CREER EN UN DIOS QUE DA SENTIDO A TODA LA VIDA

Creer da sentido a la vida, a lo que hacemos, al dolor y a la muerte; nos da esperanza. La propuesta de un Dios que no dé sentido a todo no nos interesa, no puede ser el Dios verdadero. No podemos creer en un Dios tapagujeros, que sirve para dar a entender cosas que, tarde o temprano, nos explicará la ciencia. No podemos creer en un Dios que explica teóricamente el mal pero que lo deja todo tal

como está. Nosotros creemos en un Dios, o intentamos creer en Él, que vive hasta el final todo lo que es humano, incluyendo en ello el dolor y la muerte. Que muestra su omnipotencia precisamente en el amor, en la bondad, en el perdón y que nos invita a luchar con Él contra el mal del mundo.

LA FE EN DIOS ES LIBRE Y SE TRANSMITE

Creer es uno de los actos más libres que podemos realizar. No tiene sentido imponer la fe. ***Procede de una convicción interior, pero se produce gracias a la transmisión*** que viene de alguien; viene de la tradición de los apóstoles de Jesús y de las primeras mujeres, que dedicaron su vida a anunciar que Jesús había muerto por amor y había resucitado por nosotros, para darnos la Vida.

La fe viva en Dios proviene y se alimenta de nuestros antepasados, abuelos, padres o madres, amigos del pasado y del presente con los cuales compartimos nuestra esperanza, movidos por el amor y el deseo de vivir en Dios.

CREER EN DIOS Y SEGUIR A JESÚS SIGNIFICA COMPARTIR LA FE EN COMUNIDAD

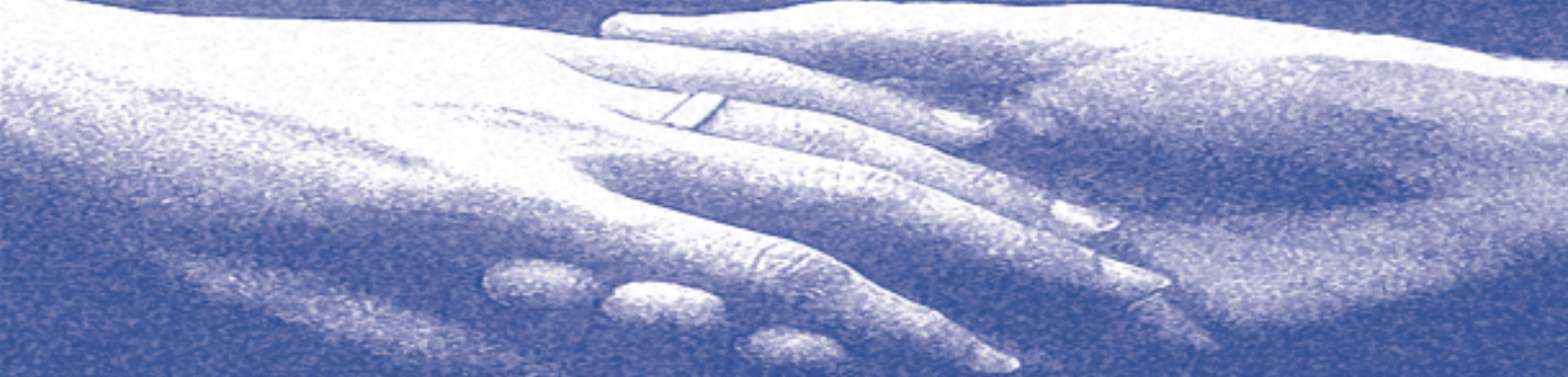
Los que seguimos a Jesucristo formamos comunidad para rezar, para expresar nuestra fe y celebrarla, para agradecer a Dios la Vida que nos da. Por esto ***nos agrupamos en comunidades***, en movimientos cristianos, en parroquias, en todo lo que es Iglesia y la forma. También nos ayudamos a transmitir esta fe, a través del testimonio coherente, evangélico, de

un estilo de vivir. Seguir a Jesucristo requiere la denuncia de todo lo que es contrario al amor y a la justicia; y el trabajo personal y colectivo para construir un mundo nuevo en donde vaya creciendo la semilla de los valores de la Vida. La Iglesia tiene que ser un lugar de acogida, de encuentro, de comunicación entre todos, que se ponga al servicio de los más necesitados, un lugar en que todo el mundo pueda desenvolver sus cualidades al servicio de los demás. “Todos los que habían creído estaban muy unidos y compartían sus cosas unos con otros.... y toda la gente los apreciaba.” (*Hechos de los apóstoles 2, 44-47*)

CREEMOS QUE DIOS NOS INVITA A AMAR, Y QUE ASÍ NOS HACE PERSONAS NUEVAS

El Dios Amor en el que creemos es fuente de todo amor, es el origen del amor que hemos recibido de padres y antepasados, del amor que damos a los amigos. También es fuente de amor para con la sociedad. Dios nos invita a ofrecer nuestras cualidades a la construcción de una sociedad con más paz, más justicia. Ésta es su manera de hacer a todos los hombres personas nuevas, de hacer un mundo nuevo, su Reino.

El Dios que Jesucristo ama y revela es ***la fuente de amor de la pareja, es el origen del amor para con los hijos***, es el Espíritu que hace de las familias pequeñas comunidades cristianas en donde se vive y se respira el clima del Evangelio, un ámbito de acogida, de respeto, de perdón, de trabajo ilusionado por el bien de todos.



EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO



EL AMOR HUMANO, SUS SIGNOS Y SU MISTERIO

El amor es la realidad humana más entrañable, más misteriosa. Es más que los signos con los cuales se expresa: un gesto, una atención, un abrazo. Es más que un sentimiento para con los demás. ***El amor es una actitud de toda la persona***, una manera de ser abierta, acogedora, servicial. El amor se manifiesta con gestos externos: un beso, una palabra cariñosa. En el fondo, el gran signo del amor humano es la manera total de relacionarse con el otro, de vivir por su bien.

Jesús nos ha enseñado todas las dimensiones y las exigencias del amor. Amar es acoger a toda persona tal como es, incluso acoger a los malos, y a los enemigos; es ponerse al servicio de todos, especialmente de los más pequeños. Él, además, ha dado otro paso; ha mostrado el gran misterio que vive aquel que ama. ***Quien ama vive en Dios***, participa del amor que es Dios, vive en Jesucristo que dió la vida por nosotros. Esto es lo que Jesús ha revelado y lo que creemos los cristianos; pero no es solamente para nosotros. Creemos que vale para todos los hombres dispersos por el mundo y por

la historia. Todo hombre que ama sinceramente “ha nacido de Dios y vive en Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,8).

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Todo esto también vale para el amor conyugal. Parece que el amor de la pareja, con todo lo que tiene de atracción mutua, de deseo, de intimidad sexual, esté al margen del Evangelio. En cambio, *la relación de pareja merece, en el Nuevo Testamento, las expresiones más sublimes*: “el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer y los dos formarán una sola cosa. Este misterio es grande: yo entiendo que se refiere a Cristo y a la Iglesia, y que también vale para vosotros” (Ef, 5, 31-32)

El amor de pareja con todo lo que tiene de delicadeza, de entusiasmo mutuo, de relación sexual, también está llamado a ser una entrega generosa al otro, a los hijos, a todos, y esto esconde el gran misterio del amor que es Dios, de la entrega de Jesucristo hasta la muerte. También para los esposos y, sobre todo para ellos, resuenan las palabras de Juan: “Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; todo el que ama ha nacido de Dios, porque Dios es amor” (1Jn 4, 7-8).

El amor conyugal tiene un signo; es el sacramento del matrimonio. *El sacramento es el signo externo de una realidad invisible, profunda, misteriosa*. El signo exterior es básicamente las palabras de los dos que se casan; las palabras no se ven ni se palpan porque tienen la grandeza y la debilidad del lenguaje humano:

“Yo te tomo por esposa; yo te tomo por esposo; prometo que te seré fiel en la salud y en la enfermedad... todos los días de mi vida.” Son palabras que no hablan de cosas, o de recuerdos, o de ilusiones; expresan la entrega mutua de los dos que se casan, plena, total, definitiva. Estas palabras, sencillas y sublimes, expresan una realidad que no se ve pero es la que cuenta: el amor vivo y definitivo del corazón, la entrega mutua, la decisión de hacer una pareja y una familia según el Espíritu del Señor Jesús, arraigada en el amor generoso, gozoso, procreador, esperanzado.

El amor de dos esposos es ya en si mismo una sorpresa diaria. Los cristianos creemos que el amor conyugal es más que una sorpresa; es un misterio porque *arraiga en el amor inmenso de Dios del cual participa*.

Es Dios quien hace posible lo que parece imposible: la fidelidad mutua, la alegría de la entrega, la generosidad de dar nuevas vidas y ayudarlas a crecer. Por esto el sacramento del matrimonio es más de lo que a veces se dice: es más que pedir la bendición de Dios o implorar su ayuda en los momentos difíciles, o hacer un acto más serio que el que se hace delante del juez civil.

El sacramento es el compromiso del amor humano que participa del amor de Dios y quiere vivir según el Espíritu de Jesucristo. “Dios viene al encuentro de los esposos en el sacramento del matrimonio.” (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 48)

El sacramento, como signo que es, se hace en un corto espacio de tiempo pero también se puede decir que *dura toda la vida*, porque las

palabras exteriores se refieren a la realidad profunda del amor, verdadero signo de Dios, y éste está llamado a ser y crecer toda la vida.

LA CELEBRACIÓN EN LA IGLESIA

Una boda es un acto festivo en todas las culturas y también lo es la celebración del sacramento en la Iglesia. Repasemos ahora sus aspectos más importantes: el momento central está en *las palabras de los que se casan*, con las cuales expresan el compromiso de encontrarse de nuevo, día tras día, en medio de alegrías y dificultades, porque el amor auténtico no muere nunca.

Al lado de los novios está el *presbítero o diácono* que representa a la Iglesia y *toda la comunidad*; ésta está formada por la familia y los amigos que se congratulan con los novios, y es a la vez comunidad cristiana que les da apoyo en su fe y amor. La vida cristiana de la familia no puede crecer sino tan sólo en la comunidad, la cual le trasmite la Palabra y el Espíritu del Señor.

Después los novios se imponen mutuamente *los anillos* que llevarán toda su vida como signo del amor y la fidelidad que están llamados a alimentar en su experiencia diaria. *La bendición esponsal* que sigue es la plegaria de toda la comunidad a Dios por los nuevos esposos.

El rito del sacramento del matrimonio puede continuar con la Eucaristía, cena que celebra la fraternidad de la comunidad cristiana en la Pascua del Señor. También recuerda la vida

de la nueva familia que se encontrará tantas veces alrededor de la mesa en su casa, mesa de alimento y, sobre todo, de amor mutuo.

Cuando dos se *casan civilmente* delante de un representante de la ley, no hacen simplemente un acto administrativo o burocrático; se comprometen delante de la sociedad a vivir como casados y como padres, y piden el reconocimiento social de su nuevo estado. La sociedad ayudará a esta pareja a cumplir sus compromisos. Lo que importa no es solamente el acto jurídico sino la actitud interior de los que se casan y esta actitud está llamada a ser de amor conyugal serio, comprometido, fiel, abierto. No hay el signo sacramental, pero creemos que Dios, Padre de todos los hombres, es también el alma de su amor y los impulsa a una vida conyugal plena.

EL MISTERIO DE UN AMOR SUBLIME VIVIDO EN LA VIDA DIARIA

Todo gira alrededor del amor; *el amor de los esposos*, capaz de crear la aventura de la entrega mutua y llamado a crecer siempre, a abrirse a la procreación de los hijos y al servicio de todos; *el amor de Dios*, que está en el corazón de todo lo que es limpio, grande y dador de vida; *el amor de Jesucristo*, que se dió hasta la muerte y la resurrección, y que hace del amor de los esposos un misterio inmenso. Las manifestaciones de este amor serán el quehacer diario de la nueva familia, sencillamente, de manera normal, sin publicidad; pero es lo que constituye el gozo de la vida y trae a nuestro mundo el amor de Dios.



PROYECCIÓN SOCIAL DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA



NUESTRO MUNDO, SOCIALIZADO E INDIVIDUALISTA

Nuestra sociedad es cada vez más abierta, más universal, más cambiante. Crecen sin parar grandes concentraciones humanas, las empresas se expanden por todo el mundo, las informaciones nos llegan a tiempo real de todas las partes del planeta. Esto es positivo pero tiene también consecuencias negativas. El ritmo de vida es cada vez más precipitado, las personas cambian fácilmente de trabajo, de residencia, de relaciones; el ambiente está constantemente bombardeado por todo tipo de mensajes sobre problemas graves que nos superan y en los cuales no podemos hacer nada; nos sentimos medio perdidos en un clima masificado, despersonalizador, tenemos miedo de ser ignorados e incluso físicamente agredidos.

Inmersos en este ambiente, necesitamos ámbitos de encuentro personal a nivel humano y los buscamos en los grupos, en las amistades y, especialmente, en la pareja y en la familia. En el mundo de hoy tan socializado, *la familia es un lugar privilegiado en el cual somos conocidos, valorados y amados personalmente.*

Esta es una de sus funciones más positivas pero también constituye uno de sus peligros más fuertes de hoy: el de encerrarse y privatizarse. Cuando llegamos a casa cerramos la puerta y fuera queda el ruido, la vida ajetreada, los problemas de los demás. Nuestras viviendas se van transformando en castillos de confort en los que queremos sentirnos a gusto y evadirnos de un mundo demasiado duro.

PERSONA Y SOCIEDAD, UNA NECESIDAD MUTUA

A pesar de todo, los hombres tenemos necesidad de la sociedad. Los humanos somos muy limitados. Ya desde el principio lo recibimos todo de los demás: los padres, la escuela, el entorno social; recibimos atención, alimentación, educación, posibilidad de vivir y crecer como personas. Esto también es verdad para los adultos. Nuestra vida humana depende de toda la red social que nos proporciona lo que necesitamos: comida, vestido, vivienda, trabajo, relaciones humanas, estructura social.

El camino de la madurez humana consiste, precisamente, **en el paso del egoísmo infantil a la participación**. El niño y el adolescente lo encuentran todo hecho y lo utilizan. La relación con los demás nos ayuda a crecer, a salir de nosotros mismos, a abrirnos a la solidaridad y a la colaboración. La madurez consiste en reconocer que el mundo no se ha hecho solo, sino que es obra de los que nos han precedido, y que la sociedad necesita nuestra participación para continuar existiendo y para crecer y mejorar. La madurez acaba identificándose con la plenitud ética que es el amor y la búsqueda del bien de todos.

EL EVANGELIO EN EL CORAZÓN DE LA ACTITUD ABIERTA

En la base de esta actitud abierta, que entendemos verdaderamente humana, está el Evangelio de Jesús. El núcleo de su mensaje es el amor. Jesús revela que el hombre completo no es el que posee o domina, ni tan sólo el que se ha realizado dentro de sus posibilidades, sino el que está desprendido de todo y ama (Mc 12, 28-34).

El amor que Jesús anuncia va más allá del amor a los “propios” y llega “a los demás”, incluso a los extraños, extranjeros y enemigos. **Él nos revela que todos son “el prójimo” a quien debemos amar**. Jesús rompe así la tendencia humana a distinguir entre “nosotros” y “los demás” (Lc 10, 25-37).

Y todavía un acento más olvidado. Normalmente, el amor a los demás los deja como a “otros”, de otro grupo. El Evangelio pretende crear relaciones nuevas entre los hombres, de manera que todos formen una misma comunidad. **Es el “proyecto Iglesia”**. Sin duda, cada comunidad cristiana es un grupo distinto de los demás, pero la verdadera revolución es la conciencia de este grupo. La comunidad cristiana no se entiende a sí misma como una comunidad cerrada sino abierta; ya no habrá nada que la separe de los demás: ni la lengua, ni la raza, ni la cultura. Todos estamos llamados a formar una misma comunidad, una comunión real entre grupos, distintos y separados por la distancia, pero no “otros”.

LA PAREJA Y LA FAMILIA EN EL CONJUNTO SOCIAL

Familia y sociedad se necesitan mutuamente. *La familia necesita todo el cuerpo social* con su gran complejidad. Es infantil pensar que podemos vivir sin los demás. Las familias cuentan con el conjunto de la red social y con todos sus servicios para crecer y desarrollarse. Por otro lado, la sociedad necesita la cooperación de todos sus miembros, especialmente de las parejas y las familias. El cuerpo social tiene necesidad del clima familiar para la maduración lenta y sana de los hijos y como trampolín de los adultos hacia una actitud de servicio y colaboración. En este sentido *la familia es la célula social básica*. La sociedad se va alimentando del clima que respiran en la familia tanto los pequeños como los mayores.

FAMILIA CERRADA Y FAMILIA ABIERTA

La familia es uno de los grupos humanos que tiene más peligro de encerrarse en sí misma. Cuando la sociedad es difícil y agresiva, el ámbito familiar se transforma en un refugio que compensa las dificultades sociales. Ésta, sin embargo, es una mala solución. *Encerrarse contribuye a crear un clima familiar raquítico*. Cuando el amor y la generosidad se limitan al ámbito familiar y se cierran, acaban siendo una simple convivencia de egoísmos donde incluso la relación familiar sale malparada. Un clima así es educativamente negativo, ya que no abre a sus miembros a una participación social sana. La familia abierta es básicamente un clima, un

ambiente que se respira en el estilo de casa; se manifiesta en dos direcciones. Por un lado es *la preocupación por la vida y los problemas de fuera*, el interés por conocer y por entender, la experiencia de comunión con el mundo exterior. Por otro lado, es participar activamente en *el proceso social*. Esto exige a la vez generosidad y sensatez; la generosidad necesaria para salir del nido de los intereses familiares y trabajar por el bien social, y la sensatez necesaria para encontrar la propia medida, la que corresponde a la capacidad de la familia y de sus miembros. Abrirse activamente puede ser tener la casa abierta, acogedora, cuidar la relación con los vecinos, colaborar con la escuela de los hijos, colaborar en la vida del barrio o de la parroquia y, en su caso, incluso llegar a la participación en la vida sindical, política, cultural o eclesial; sin olvidar el lugar importante que ocupa el trabajo profesional en la vida de cada persona y en su manera de estar en medio de la sociedad.

LA ALEGRÍA DE LA ENTREGA

Recordemos el acento tan propio del Evangelio: *la salida de nosotros mismos y el trabajo por los demás es nuestro bien*; "quien pierde la vida es realmente quien la encuentra" (Mc 8, 35). La comunicación difícil nos enseña a ser comprensivos y dialogantes; el cansancio de un trabajo generoso nos ayuda a salir del egoísmo de nuestro cascarón y nos convierte en personas verdaderamente realizadas. La familia está llamada a ayudar a sus miembros a abrirse a la colaboración y la generosidad. De esta manera se une al camino de Jesús que amó hasta darse en la cruz y llegó así a la plenitud de la resurrección y de la vida.

Edita:

CENTRO DE PREPARACIÓN
AL MATRIMONIO CPM

Equipo de Redacción:

Lluís Ticó - Assumpta Closa
Oriol Trias - Margarita Simón
Josep M. Trullàs - Marisa Ballester
Mn. Joaquim Cervera
Mn. Manuel Claret
Mn. Gaspar Mora

Tiraje:

3000 ejemplares

Depósito Legal:

B-39907/02

Edición cerrada:

Septiembre del 2002